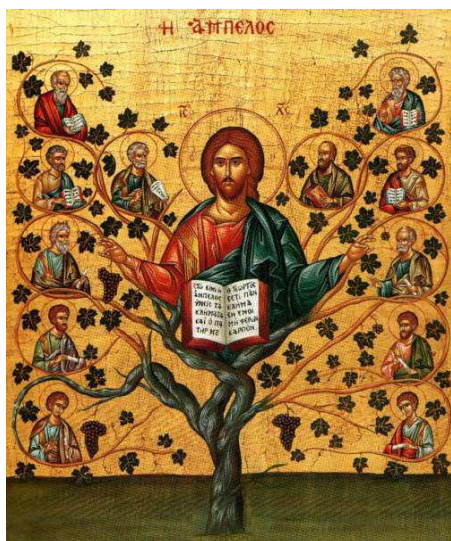


QUINTO DOMINGO DE PASCUA, CICLO B

Todo con Cristo, nada sin Cristo



MONICIÓN DE ENTRADA

En este quinto domingo de Pascua se nos invita a permanecer.

La metáfora de la permanencia de los sarmientos en la vid ya nos habla de vida, de flujo de savia, de novedad, de revitalización y transformación continua. Permanecer implica cuidar y reavivar permanentemente las relaciones de comunión: comunión con Jesús y, a través de él, con el Padre y los hermanos.

ACTO PENITENCIAL

—Tú, que has destruido el pecado y la muerte con tu resurrección: Señor, ten piedad. **R/.** Señor, ten piedad.

—Tú, que has renovado la creación entera con tu resurrección: Cristo, ten piedad. **R/.** Cristo, ten piedad.

—Tú, que das la alegría a los vivos y la vida a los muertos con tu resurrección: Señor, ten piedad. **R/.** Señor, ten piedad.

LECTURAS

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles 9, 26-31

Sal 21, 26b-27. 28 y 30. 31-32 (R.: 26a)

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 3, 18-24

Lectura del santo evangelio según san Juan 15, 1-8

MENSAJE PARA LA COLECTA

Este tiempo de Pascua es tiempo de dar pasos en una nueva dirección; del miedo a la confianza, de la huida a la entrega, de la arrogancia a la humildad, del olvido a la oración, del tener al compartir. Vamos a realizar la colecta, con la que presentaremos ante el Señor nuestras limosnas, expresión de querer compartir con los más pobres nuestros bienes. Hoy, como cada primer domingo de mes, será destinada a la labor de Cáritas. Sed generosos en la colecta y que la fuerza de Cristo resucitado multiplique el fruto de vuestra aportación.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Oremos al Señor, nuestro Dios. En él ponemos nuestra esperanza.

—Por la Iglesia, que sufre, que lucha, que espera, para que aparezca en ella la vida nueva de Jesús Resucitado. Roguemos al Señor.

—Por los que se encuentran en camino y todavía no han llegado a la fe, para que descubran al Señor Jesús caminando junto a ellos, compartiendo su mismo pan, y sus corazones se llenen de alegría. Roguemos al Señor.

—Por nosotros reunidos aquí en el nombre de Cristo, comensales suyos, para que encienda nuestro corazón con su Palabra y nos haga comprender el sentido actual que tiene su muerte y su resurrección en nuestra vida. Roguemos al Señor.

—Por los que cada domingo reconocemos a Cristo al partir el pan, para que también nosotros seamos reconocidos como miembros de Cristo, al compartir nuestro pan con los hermanos. Roguemos al Señor.

Haz brillar sobre nosotros, Señor, el resplandor de tu rostro, tú, que resucitaste a tu Hijo de entre los muertos. Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor.

REFLEXIÓN

¿Cómo puede estar Cristo en mí? Por lo pronto: Yo sé que Dios está en mí, pues es omnipresente y me penetra igual que lo penetra todo. Más aún: Me ha creado —«ha creado», visto, desde nuestro punto de vista: en realidad debería decirse, su voluntad creadora me mantiene constantemente en el ser: su mano me conserva fuera de la nada. Si pudiera llegar yo al borde de mi ser, tocaría su mano. Algo más, también: Me mantiene en el ser personal, como el «yo» que soy, al hablarme con su «tú» que me

llama y me crea. Y todavía algo más: La revelación me dice que me ama, que se dirige a mí en gracia, y que me hace hijo suyo.

Cierto, así es: aunque es misterio, es algo familiar al corazón. Así que Dios está en mí: pero ¿y Cristo, el hecho hombre? ¿Cómo puede estar El en mí? Porque es el Resucitado, el espiritualizado, aquel de quien dice Pablo: «El Señor», esto es, Cristo, «es el Espíritu», el Pneuma (2 Cor., 3, 17). Con el bautismo y la fe, nace El dentro de mí y yo dentro de Él. ¿Qué más hay que decir? Él lo había prometido: sus Apóstoles lo experimentaron y lo garantizan. Es misterio, y no hay pensamiento que resuelva el misterio. Pero nosotros nos familiarizamos con él; podemos respirar en él y vivir hacia el día en que lo entenderemos, y sólo en él empezaremos a comprender realmente quiénes somos. «Amados, ahora somos hijos de Dios, y todavía no se ha manifestado qué seremos. Sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos según es», dice Juan en su Primera Epístola (3, 2).

Sin embargo, la comparación expresa algo más. Alude a que esa interioridad no se abre solamente en algún individuo especialmente destacado, sino en este, en aquel, en el otro. A través de todos pasa esa profundidad divina en que está Cristo, y vive, y rige. De ella surge la vida de los creyentes, uno por uno, tal como los sarmientos del conjunto de la vid. San Pablo tendrá para ello otra comparación que le ofrece la doctrina social de la Antigüedad: La vida de Cristo, que se extiende a través de los muchos creyentes, en lo más íntimo de su ser, realizado por Dios, forma con ellos una misteriosa unidad semejante a la de un cuerpo en que hay muchos miembros, pero los miembros son los individuos.

Esta unidad de la sagrada vid, del Cuerpo místico de Cristo, es la Iglesia. En lo hondo de su interioridad domina Cristo. De ella surge y crece cada creyente, igual que los sarmientos surgen de la vid, y el miembro, del cuerpo.

Es necesario que recordemos a menudo los hondos pensamientos de la Revelación. Nos dan la conciencia propia cristiana, que dice: Yo, ciertamente, soy una pobre criatura, que en todo falla y fracasa, pero en mí está el misterio de la vida divina.

Necesitamos ese punto de apoyo interior. Hoy se habla de Dios y de sus misterios de una manera tan impía, que un profeta clamaría para que cayera un rayo: y no podemos hacer otra cosa sino considerar lo que dijo el Señor en la hora de su muerte: «No saben lo que hacen» (Lc., 23, 24). Negación tras negación, blasfemia tras blasfemia, destrucción tras destrucción: ocurre todo lo que cabe imaginar para que se derrumbe en el hombre esa interioridad de que hablábamos. No es posible prever qué será de él, si esto sigue así. La psicología dice que, en cuanto una exigencia esencial de la vida no encuentra satisfacción, el hombre se pone enfermo: ¿qué enfermedad aparecerá si se destruye en el hombre la interioridad de Cristo?

Tanto más profundamente deben identificarse los creyentes con el misterio que se les ha concedido. Pero para eso no basta un Padrenuestro al día, y que el domingo vayamos a la iglesia, mientras que por lo demás vivamos como los que no creen. Debemos permanecer conscientes de esa hondura que hay en nosotros. Un corazón cuya interioridad no se resguarda en amor, se echa a perder: no echemos a perder lo que vive en nuestra hondura más íntima.

(R. Guardini, *Meditaciones Teológicas*, Ed. Castilla, Madrid 1965, Pág. 508-514)